

VOLVIENDO POR SEGUNDOS

~ Camino Ignaciano, Parte 2 ~

1-17 de mayo de 2023

En la vida, a veces tenemos experiencias dolorosas que decimos que no queremos repetir, pero luego lo hacemos de todos modos. Mi madre me contó que cuando dio a luz a mi hermana mayor (su primera hija), fue tan doloroso que se dijo a sí misma: «¡Nunca más!». Pero luego me tuvo a mí, poco más de un año después. Me gustaría creer que no vivió para lamentarlo.

Me gusta el senderismo y guardo muy buenos recuerdos de mi Camino de Santiago y de mi primera excursión por el Camino Ignaciano. Pero después de una dura ruta de senderismo por los Alpes en 2022, en la que la altitud y las pendientes agotaron rápidamente y de forma repetida mis reservas de energía a pesar de mis esfuerzos por reponer fuerzas, decidí que mis días de largas caminatas habían terminado. Se acabó quedarme atrapado en medio de la naturaleza durante horas. «Solo haré excursiones en los Cotswolds», me dije, «donde puedo llegar en coche, caminar durante una o dos horas y volver cuando esté cansado». Por supuesto, esta resolución no duró mucho, quizá porque la mente humana está hecha para olvidar ciertos tipos de dolor o es tan tonta como para pensar que la segunda vez será más fácil.

La culpa la tiene la semilla que se plantó al final de mi primer Camino Ignaciano en 2019. Oficialmente terminamos la peregrinación en Manresa, pero el viaje de Ignacio no terminó allí; él siguió hasta Barcelona y finalmente murió en Roma. El plan de los jesuitas era desarrollar aún más esa segunda etapa del Camino Ignaciano, para que estuviera lista en 2023, el 500 aniversario del viaje de Ignacio a Tierra Santa. El padre Josep nos dijo que todos los que hubiéramos hecho la primera etapa de la peregrinación con él estaríamos invitados a la segunda.

Luego, en 2020, llegó la COVID-19 y el mundo quedó confinado durante un tiempo. En enero de 2021, el padre Josep nos escribió a todos para decirnos que estaba planeando la segunda etapa de la peregrinación, que terminaría en Roma. Sería durante tres semanas en mayo de 2023. En plena pandemia, eso parecía muy lejano, y quién sabía si para entonces se permitirían los viajes en avión. En plena clausura, pedí que me incluyeran en la lista de candidatos. Luego llegó 2022 y mi supuesta resolución sobre las largas caminatas. Y, por supuesto, poco después de regresar de los Alpes, ¿qué apareció en mi bandeja de entrada? Un correo electrónico del padre Josep: ¡era hora de decidir si haría la segunda parte del Camino Ignaciano! El itinerario parecía largo, al igual que las distancias diarias a pie. La distancia total era de más de 300 km, lo que resultaba intimidante. Pero ya lo sabéis. Dije que sí. Esperaba no vivir para arrepentirme.

No había estado en Roma desde los años 90 y tenía muchas ganas de volver. Sin embargo, no me atrevía a hacer demasiadas ilusiones con este viaje, por si acaso no podía ir por algún motivo y me llevaba una decepción. Mi vista había empeorado y evité ir al médico antes del viaje por miedo a que fuera un tumor cerebral o algo que me impidiera viajar. (¡Resultó ser una catarata incipiente! No debería haberme preocupado tanto).

Los meses previos a mi partida fueron inesperadamente agitados y, en retrospectiva, presagiaban los retos de la «segunda parte». Me habían destinado de nuevo a trabajar en un área en la que había empezado hace unos veinte años. En aquel entonces me gustaba mucho, pero llevaba más de diez años sin dedicarme a ello a tiempo completo. Tenía muchas ganas de hacerlo, pero no esperaba los retos que conllevaba. Hace veinte años, hacía ese trabajo sin la carga de la antigüedad. Ahora, además, tenía una carga de trabajo directivo y tenía que ocuparme de asuntos más complejos. Todo ello hizo que fueran unos meses difíciles.

Así que llevaba el peso de no saber si estaría a la altura del nuevo reto en el trabajo y del reto de este largo peregrinaje a España. El ajetreo del trabajo también significaba que no había tenido mucho tiempo para entrenar. Tendría que ver qué fuerzas encontraba cuando las necesitara.

¡Barcelona otra vez!

Llegué a Barcelona en una hermosa mañana de domingo, regresando por cuarta vez de forma inesperada. Esta vez, nos alojamos en un convento del barrio de Sarrià, un refugio gestionado con mucho cariño por un puñado de monjas que no hablaban inglés, pero que no lo necesitaban: sus amables gestos y sus sonrisas lo decían todo. Fui el primero en llegar y me encontré con el padre Josep, recién afeitado: era la primera peregrinación de 2023 y no volvería a afeitarse hasta el final de la temporada. Mi habitación daba a un tranquilo patio interior, propicio para la reflexión. Supongo que los robos en Barcelona eran un riesgo real, porque estábamos literalmente entre rejas, pero bueno, ¡me sentía seguro!



Religiosas María Inmaculada – Claretianas, «entre rejas»



La serena vista desde mi habitación



El padre Josep, bien afeitado al comienzo de su temporada de senderismo

Esa tarde caminé mucho, bajando hasta el centro turístico de Barcelona para empapar-me de sus vistas y sonidos antes de volver a convertirme en peregrino.



Por la noche, todos los peregrinos habíamos llegado al convento y nos reunimos para recibir instrucciones del padre Josep y conocernos. Todos eran «peregrinos repetidores», excepto dos, y una vez más se trataba de un grupo heterogéneo. Había muchos jubilados, entre ellos un antiguo contable, un médico y un geólogo, había amas de casa e incluso un vicario anglicano. Dos de los peregrinos eran de mi grupo la primera vez. El padre Josep dijo de forma inquietante que habría muchas cosas diferentes en esta peregrinación con respecto a la primera, ¡pero ya era demasiado tarde para echarse atrás! Estábamos preparados, abiertos y emocionados por vivir juntos las tres semanas siguientes.

Escaleras de la Plaza de España

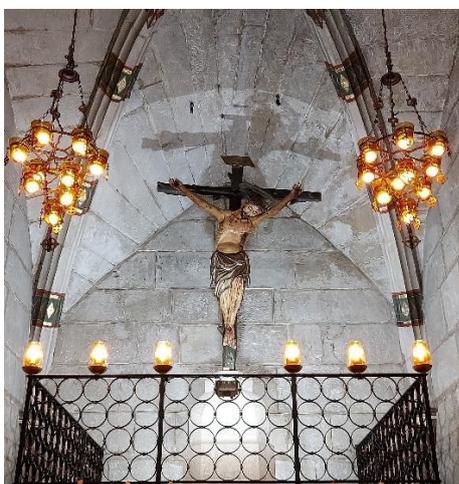
Etapa 1: El regalo de nuestra vida; la gracia de la felicidad; la alegría del espíritu

La primera semana de la segunda parte consistió en volver sobre los pasos que habíamos dado y visitar los lugares que habíamos conocido durante la primera parte. Gracias a esa familiaridad, caminábamos con cierta confianza y ligereza: ya lo habíamos hecho antes, podíamos volver a hacerlo. ¿No?

Los dos primeros días nos acostumbramos al ritmo de la marcha: el primer día recorrimos 12 km desde Bellpuig hasta Verdú, la casa de San Pedro Claver, y el segundo día, 18 km desde Verdú hasta Cervera, una antigua ciudad universitaria. Como los días anteriores, dedicamos las dos primeras horas de cada jornada a caminar en silencio y meditar. El sol español era intenso. El país sufría una sequía. Los caminos de tierra estaban endurecidos, la brisa era breve y apenas había sombra. Empecé a notar una ampolla. Pero mis botas de montaña me habían acompañado por los Alpes, ¿no iban a hacerlo por España hasta llegar a Italia? Pronto lo descubriría.



Asándome al sol



Una iglesia a la que nos llevó el padre Josep en Verdú tenía un gran crucifijo de la época de San Pedro Claver (es decir, del siglo^{XVI}). No recordaba esta iglesia de nuestra primera visita. Se decía que durante la Guerra Civil Española, cuando se destruían sistemáticamente los objetos religiosos, los habitantes de este pueblo protegieron este crucifijo escondiéndolo en un carro lleno de estiércol. Como era de esperar, nadie que vino a destruir la iglesia se acercó a ese carro, y el crucifijo quedó intacto. Así que, literalmente, ¡Jesús tuvo que sufrir una mierda para sobrevivir a la guerra! Me impresionó mucho esta historia, ya que su mensaje es sin duda sobre las adversidades que podemos y que tenemos que sufrir a lo largo de nuestra vida.



De camino a Cervera, pasamos por Tarrega, donde se encuentra la iglesia con los hermosos frescos del techo que tanto me llamaron la atención en la primera parte. Esta vez, me di cuenta de que, mientras admiraba el techo la última vez, no me había fijado en el retablo central, que era una representación exquisita de la Virgen con el Niño. Disfruté recorriendo viejos caminos y descubriendo cosas que se me habían escapado la primera vez.

Las meditaciones de estos dos primeros días se centraron en el don de poder pasar este tiempo con el Señor, reconocer su presencia en nuestras vidas y pensar en nuestros momentos de felicidad y gracia, especialmente en aquellos que reconocimos como puntos de inflexión en nuestra vida. Vi lo afortunado que era, cómo había podido vivir peregrinaciones anteriores, y pensé en los cambios en mi vida laboral y profesional que me habían llevado hasta allí. Tenía muy presentes los mensajes de despedida que me había escrito mi anterior equipo antes de empezar mi nuevo destino; todos eran afirmativos y algunos sorprendentes, ya que no esperaba que lo que yo consideraba acciones normales fueran vistas por ellos como actos de bondad. Fue un recordatorio de que hay que hacer lo que creemos correcto, sin preocuparnos demasiado por las consecuencias, ya que los efectos positivos siempre llegarán. También

Me di cuenta de que los regalos en mi vida eran, en gran medida, las *personas* que formaban parte de ella. También sentí que la presencia de Dios en mi vida era la gente que me rodeaba. Esto supuso un cambio, ya que normalmente era cuando admiraba el esplendor de la naturaleza, como las magníficas montañas, cuando más sentía Su presencia.

Otra diferencia clave en este viaje fue que, cuando llegamos a Verdú y Cervera durante la primera parte, estábamos a mitad de la peregrinación y habíamos comenzado a reflexionar sobre nuestro estado pecaminoso. Por lo tanto, los alojamientos eran más espartanos y los caminos se volvían más arduos. Esta vez, *comenzábamos* con estos alojamientos espartanos y largos tramos de carretera sin sombra. Esto significaba que lo que entonces eran tramos difíciles que invitaban a reflexionar sobre los propios pecados, ahora eran tramos destinados a reflexionar sobre los dones que Dios nos ha dado. ¿Significaba esto que los caminos que fueron difíciles la primera vez son más fáciles la segunda? ¿O que lo difícil también puede ser un regalo y que debemos tratar de encontrar bendiciones incluso en la adversidad?



Estos eran los pensamientos que llevaba conmigo a Cervera, donde pasamos el último de nuestros cortos días de senderismo durante algún tiempo. Nos alojamos en el mismo edificio que en nuestra primera visita, pero el convento (con su excelente wifi) ya no existía. Había cerrado porque quedaban muy pocas monjas para mantenerlo en funcionamiento. Tampoco conseguimos las habitaciones individuales que habíamos tenido la última vez: ahora nuestro alojamiento se parecía a unas celdas de cuarentena divididas: una litera estrecha, un lavabo y una pequeña lámpara, todo ello encerrado tras una fina cortina. La tubería que había debajo del lavabo de mi celda estaba estropeada y el agua se derramaba directamente al suelo. Pasé unos minutos de la noche fregando mi celda. Pero al menos fue el primer y último problema de fontanería que tuve en todo el viaje.

El tercer día fue el segundo más largo, con 33 km desde Cervera hasta Jorba. Salimos justo cuando salía el sol y disfrutamos de la fresca mañana durante un rato.



La reflexión de este día consistía en buscar la gratitud, la comprensión y la aceptación de uno mismo, y darse cuenta de que Dios nos acepta. Lo que me vino a la mente fue algo que suelo oír decir a la gente antes de confiarme algo, que es: «No te rías de mí, pero...». Esto me pareció muy extraño, porque sugiere que me río mucho de los demás (lo cual no es muy agradable), pero al mismo tiempo, esto no les impide confiar en mí (lo cual es muy agradable). En cierto modo, supongo que esto es un ejemplo de que mis amigos aceptan lo bueno y lo malo, y me aceptan tal y como soy.



La primera parte de la caminata de ese día no fue tan mala como recordaba, y llegamos a nuestra parada para almorzar bastante temprano. Sin embargo, la segunda parte, por una carretera larga y sin sombra, fue tan dura como en la primera parte, y esta vez se vio agravada por las grandes ampollas que se me estaban formando en las plantas de los pies. Por alguna razón, no conseguía atarme bien las botas: si las apretaba demasiado, los pies se me calentaban demasiado dentro de las botas; si las dejaba demasiado sueltas, había una fricción innecesaria. Lo único que nos salvó fue que volvimos al albergue regentado por el párroco, al que le encanta cocinar, y el padre Henrique volvió a prepararnos un festín. Esa noche, mientras nos apretujábamos en literas diminutas en un cuarto abarrotado por tercera noche consecutiva, me preguntaba en qué me había metido. Pensaba que la segunda parte sería más fácil porque ya tenía experiencia en peregrinaciones a pie. ¡Pero no estaba siendo así!

El cuarto día nos llevaría a Montserrat, un trayecto que, afortunadamente, se acortó gracias a un viaje en autobús desde Jorba, pasando por Igualada, hasta Castellolí, antes de caminar 18 km hasta Montserrat. Esto resultó ser toda una bendición, porque mi madre me había enviado un mensaje esa mañana diciendo que tenía que pedir cita al médico urgentemente y quería que yo contactara con él (mi amigo) en su nombre. No sabía por qué no podía hacerlo ella misma y necesitaba que yo fuera su intermediaria desde España, pero le agradecí que tuviera tiempo para hacerlo durante el trayecto en autobús. Y mi amigo, que se dio cuenta de que estaba en una zona horaria diferente, se ofreció amablemente a hablar directamente con mi madre y concertar la cita. ¡Las pequeñas bondades!

La reflexión de hoy se centró en nuestro propósito en la vida, no solo en nuestra vida personal, sino en el propósito más amplio de los seres humanos. La Iglesia nos enseña que Dios nos creó para alabarle, reverenciarle y servirle. Pero hoy me ha resultado difícil mantener este pensamiento. En su lugar, he reflexionado sobre las etapas de la vida: cuando somos jóvenes, tenemos pocas responsabilidades y preocupaciones, pero nuestros recursos para disfrutar son limitados. Cuando somos mayores, tenemos mejores recursos económicos y podemos disfrutar de mejores vacaciones, pero también tenemos más responsabilidades laborales y familiares, incluidas las preocupaciones por nuestros padres que envejecen, lo que nos dificulta disfrutar de las experiencias que ahora podemos permitirnos.

¿Hay algún momento en nuestra vida en el que podamos disfrutar de todo? Quizás no, y siempre es necesario encontrar un equilibrio.

Cuando intenté centrar mis pensamientos en mi propósito en la vida, traté de no pensar en términos de mi trabajo, sino de mi vocación. Pensé en los adolescentes a los que enseñé catecismo y en cómo, a pesar de que hay muchos traviesos, en última instancia es una tarea gratificante. Pensé en mi papel como cuidadora de mis padres. Entonces mis pensamientos se dirigieron al trabajo. Inesperadamente, me pregunté si estaba en el trabajo adecuado y qué pasaría si volvía a casa y presentaba mi dimisión. El último pensamiento fue aterrador y fugaz. Lo dejé a un lado.



Primera vista de las cumbres de Montserrat

No mejoraba la ampolla que tenía en la planta del pie izquierdo, y me esforzaba por no quedarme atrás, apretando los dedos de los pies mientras caminaba para intentar crear algo de distancia entre las plantas de los pies y las plantillas de las botas. No fue una buena idea, ya que mis pies, normalmente venosos, acabaron tan hinchados que no pude ver las venas que sobresalían durante días. Más tarde ese mismo día, también drené más agua de la ampolla.

que nunca había hecho por ninguna ampolla en toda mi vida.

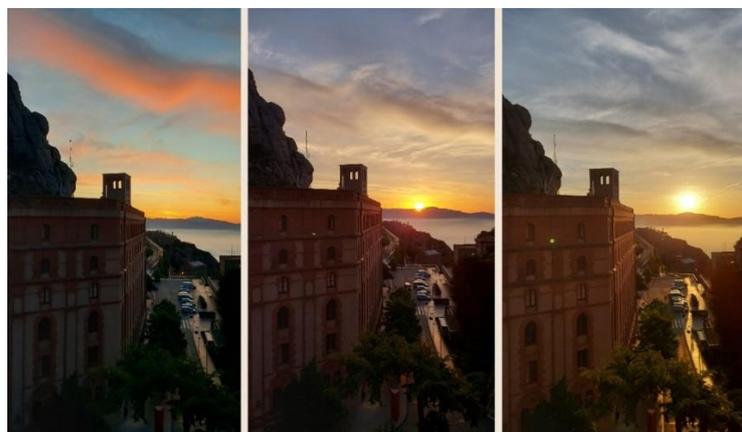
Pero no podía quejarme: Igualada era el lugar donde Ignacio cambió su ropa bonita por su «traje de peregrino», una tela de saco mal tejida llena de fibras de madera espinosas y un par de zapatos de material grueso que se usaban a menudo para hacer escobas. Prefiero las botas de montaña a los zapatos de escoba.

Antes de llegar a Montserrat, pasamos por Sant Pau de la Guardia, donde nos alojamos una noche durante la primera parte del viaje. Lo recordaba por el frío que hacía y por la «cirugía mayor de ampollas» que el padre Josep le hizo a una peregrina. Esa peregrina se ha convertido desde entonces en una amiga: hicimos juntos la ruta de los Alpes. Esta vez no estaba aquí, pero sin duda estaba con nosotros en espíritu.



En esta ocasión solo paramos para tomar un café, un pastel y charlar. Demasiado pronto, tuvimos que ponernos en marcha de nuevo. ¡Hacia Montserrat!

Llegamos bastante temprano y nos alojamos en un albergue nuevo y limpio. Mi compañera de habitación y yo estábamos en una habitación para cuatro personas y, después de la «celda de cuarentena» y las literas de las tres noches anteriores, esta habitación con camas, escritorios y un gran cuarto *de baño* con ducha era todo un lujo. La habitación también tenía unas vistas estupendas del amanecer, que pudimos admirar durante las dos mañanas siguientes.



El resto del día fue tranquilo y reflexivo: asistimos a las vísperas cantadas por los monjes benedictinos, que concluyeron con un himno interpretado por L'Escolania, el coro de niños que canta en la abadía de Montserrat. ¡Qué manera de empezar una tarde de oración!



Montserrat se convierte en un pueblo fantasma al caer la noche, cuando todos los excursionistas se han marchado y las colas desaparecen. Teníamos la basílica para nosotros solos y, por primera vez en mis numerosas visitas, me llamó la atención una capilla lateral que contenía una talla cóncava de Jesús. La talla crea un efecto óptico: los ojos de Jesús parecen seguirte allá donde te mueves dentro de la capilla. Esto también significa que, si hay mucha gente en la capilla, todos verán al mismo tiempo que Jesús les está mirando. Se trata, por tanto, de una manifestación en el mundo real del concepto religioso de que Dios puede estar velando por todos nosotros al mismo tiempo.



Por supuesto, volvimos a saludar a la Virgen Negra después de nuestra sesión vespertina del Vía Crucis. Para mí, su imagen siempre es tranquilizadora y su presencia reconfortante.



El quinto día fue un día de descanso, algo que mis ampollas agradecieron mucho. Teníamos previsto asistir a una misa por la mañana con el padre Josep como concelebrante. Por desgracia, cuando intenté entrar en la basílica para asistir a la misa (fuera del horario de visitas «turísticas» y sin entrada), una señora de seguridad demasiado celosa me negó la entrada, por mucho que le dijera que iba a asistir a misa. Insistió en que volviera una hora más tarde. Cuando lo hice, volvió a intentar negarme la entrada hasta que le recordé lo que me había dicho una hora antes. Con un gesto de incredulidad, me dejó entrar. Pero ya era demasiado tarde y la misa había terminado. Sorprendentemente, ninguno de mis compañeros peregrinos tuvo el mismo problema para entrar. Como era la única persona no blanca del grupo, la única explicación que se me ocurrió fue que se trataba de racismo casual: yo tenía que ser un turista, no un fiel. Estuve furioso durante el resto de la mañana, con un mal humor bastante contrario a mi condición de peregrino.

Apropiadamente, la reflexión del día versaba sobre la «indiferencia», sobre que no debemos obsesionarnos tanto con llevar una vida terrenal exitosa que acabemos sirviéndonos a nosotros mismos en lugar de a Dios y siguiendo su plan. ¡Pero me resultaba difícil no sentirme insultado por el trato que me había dispensado aquella señora! Bueno, qué le vamos a hacer. Un buen número de peregrinos subieron con el padre Josep hasta la cima de Montserrat. Como ya había subido allí en una visita anterior, decidí dar un par de paseos cortos para ver los lugares que no había tenido tiempo de visitar antes, y por fin pude ver la Cruz de San Miguel y el Vía Crucis, unas representaciones gigantescas del camino de la cruz. Mi estado de ánimo mejoró y me preparé para otra larga etapa al día siguiente.

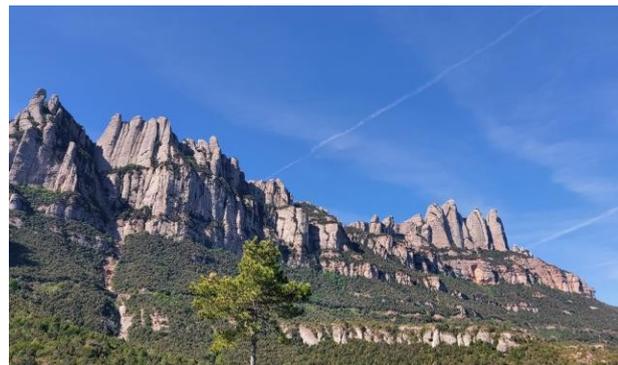


La Cruz de San Miguel



Vista del complejo de la abadía y Montserrat desde la cruz

El sexto día nos llevaría de Montserrat a Manresa, en teoría «solo» unos 25 km, pero recordaba de la primera parte que esta etapa parecía mucho más larga. El esfuerzo de los días anteriores había empezado a pasar factura: tres miembros de nuestro grupo decidieron no caminar ese día y seguir nuestro equipaje en un vehículo hasta Manresa. Yo decidí seguir adelante, aunque durante el descenso desde Montserrat sentía tanto dolor que no tenía mucho sentido cuando un compañero peregrino me preguntó por qué no tomaba analgésicos. La razón era que necesitaba saber si las ampollas estaban empeorando (¿sangrando? ¿infectándose? ¿gangrenándose?), en lugar de no darme cuenta porque el dolor estaba enmascarado. Sin embargo, eran demasiadas palabras para articular cuando necesitaba conservar energía, así que simplemente respondí: «Porque necesito sentir el dolor». Ella me miró, con razón, como si hubiera perdido la cabeza.



Una distracción bienvenida para muchos peregrinos ese día (para gran disgusto del padre Josep) fue que era el día de la coronación del rey Carlos.

III. Como en nuestro grupo había un inglés y muchas mujeres australianas, de vez en cuando se detenían para ver la retransmisión en directo de la ceremonia. Así, las preguntas sobre cuándo llegaría la carroza y qué llevaba puesto la princesa Catalina se convirtieron en el tema de conversación de algunos de nosotros, en lugar de la reflexión del día.

Pero aún quedaba más drama: una peregrina pisó una piedra suelta y se cayó, golpeándose la frente contra el suelo. El padre Josep la atendió y le limpió la herida. Era un corte feo sobre el ojo que parecía como si hubiera estado en una pelea de bar. Le dijimos que si alguien le preguntaba qué había pasado, como dice el chiste, que dijera: «Deberías haber visto al otro».



«¿Qué lleva puesto Kate?».

La reflexión del día fue cómo el Espíritu Santo ha obrado en nosotros y cómo sentimos la alegría del Espíritu. Consideré que el Espíritu me había lanzado a este Camino, aunque más allá de eso,

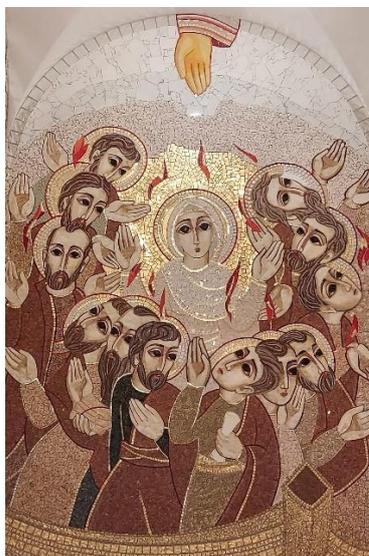
no veía adónde me llevaría. Sin duda sentí alegría al acercarnos a Manresa, mientras charlaba con uno de los peregrinos que hacía este Camino por primera vez, y nos animábamos mutuamente para completar la etapa del día.

Volvimos a las literas de unas habitaciones algo lúgubres en Manresa, muy diferentes de las habitaciones individuales que teníamos aquí en la primera parte. Volvíamos a un entorno espartano, pero estaba agradecido de que al día siguiente fuera otro día de descanso. La ampolla me dolió toda la noche y los bordes empezaron a oscurecerse, como si se estuviera coagulando la sangre a su alrededor. Dormí mal, despertándome con frecuencia para mover los dedos de los pies y asegurarme de que la sangre seguía fluyendo.

Etapa 2: El pecado y el mal

La Cova es una casa de retiro jesuita en Manresa, llena de espacios para la meditación y la reflexión. Es un lugar precioso, en el que resulta difícil reflexionar sobre el pecado y la fealdad. Pero esa era la tarea para los días siguientes. El séptimo día, debíamos reflexionar sobre nuestra condición de pecadores, pero al mismo tiempo ser conscientes de que, a pesar de todo, somos bendecidos: Dios nos sigue amando a los pecadores, tanto que envió a su Hijo como Salvador para morir por nuestros pecados. Pasé la mañana en una nueva sala de meditación, un espacio sereno con bancos de oración y una enorme ventana con vistas a Montserrat, tan tranquilo que se oye cada roce de tus propios movimientos. Era un día de descanso muy necesario para mis ampollas, y esta fue mi bendición del día, ¡en lugar de tener que sufrir por mis pecados!

Otra novedad en La Cova era la iglesia contigua, que antes estaba mal iluminada. Se habían instalado nuevos mosaicos brillantes con figuras que narraban historias de la Biblia y de la vida de Ignacio. Una cruz que se encontraba en el jardín de meditación también estaba ahora adornada con mosaicos. Me senté y disfruté de estos nuevos espacios, simplemente agradeciendo las muchas bendiciones que he recibido.



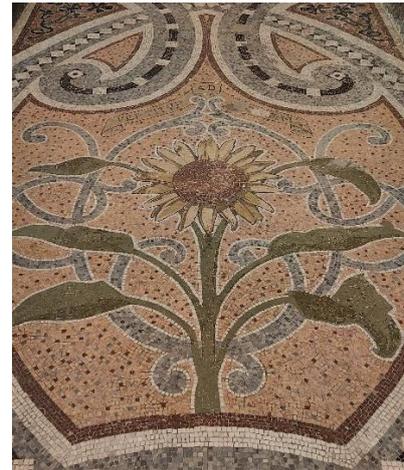
Arriba: San Ignacio, llevando la cruz de Jesús. Obsérvese que «comparten» un ojo, en alusión a que ven como uno solo.

Izquierda: Pentecostés, con la mano de Dios.



Arriba: La cruz, ahora decorada con coloridos mosaicos.

Era domingo, y aproximadamente una hora antes de la misa en la cueva de San Ignacio, el padre Josep atendió amablemente mis ampollas y las de otro peregrino. Es una tarea tan ingrata, mirar los pies de los peregrinos, pero, como siempre, lo hizo sin quejarse. Me dio una almohadilla de «Moleskin» para pegarla sobre la gran ampolla de mi pie izquierdo. ¡Esperaba que aguantara la caminata del día siguiente!



Arriba: La cueva

Izquierda: El trabajo a tiempo parcial del padre Josep

Derecha: El girasol: recuerda girar hacia el sol / el Hijo

El día 8 era un nuevo día: por primera vez en este Camino, íbamos a recorrer un camino desconocido, uno que no habíamos pisado durante la primera parte.

Primero nos detuvimos en el Pozo de la Luz, un lugar cerca del río Cardoner donde Ignacio recibió la iluminación sobre muchos asuntos espirituales e intelectuales, convirtiéndose a partir de entonces en un hombre nuevo.

Mientras rezaba en acción de gracias por esta iluminación, Ignacio tuvo otra revelación: durante su estancia en Manresa,

veía a menudo un objeto hermoso y brillante que le proporcionaba un gran consuelo cuando lo veía y tristeza cuando desaparecía. Este objeto volvió a aparecer durante su oración, pero con menos brillo. Entonces se dio cuenta de que, en realidad, no se trataba de una aparición sagrada, sino maligna. A partir de entonces, la disipó cada vez que la veía.



También visitamos una pequeña iglesia en Viladordis, la Iglesia de Nuestra Señora de la Buena Salud, donde Ignacio dejó su cinturón, la última de sus pertenencias terrenales, después de haber dejado previamente su ropa en Igualada y su espada en Montserrat. La iglesia estaba junto a la finca de una familia adinerada que le brindó hospitalidad a Ignacio. Cuenta la leyenda que Ignacio dijo a esa familia que, mientras conservaran el cinturón y siguieran ayudando a los pobres, no les faltaría nada. La casa, de tamaño considerable incluso para los estándares actuales, sigue en pie en el amplio campo junto a la iglesia.

Caminamos por un puente natural y unas vías de tren, y llegamos a un puente, el Pont de Vilomara, que marcaba la «frontera» entre Manresa y Barcelona, donde Ignacio se despidió con cariño de sus amigos. Abrumado por la emoción, no pudo articular palabra, sino que se llevó una mano al corazón y señaló al cielo con la otra, como diciendo: «Mientras viva, os llevaré en mi corazón. Cuando esté en el cielo, rezaré siempre por vosotros». A continuación, se dirigió a Barcelona, donde esperaba tomar un barco en el puerto para llegar a Roma.



*Izquierda y derecha:
Puentes, naturales y
artificiales.*



*Abajo a la
derecha: En el
Pont de Vilomara,
donde solo un
peregrino
comprendió
plenamente el
significado de este
puente e
¡imitó los gestos de
Ignacio con los brazos!*



Durante el resto de la mañana, Montserrat siguió apareciendo a escondidas. Esto era desconcertante, ya que se suponía que nos dirigíamos hacia Barcelona y dejábamos la montaña atrás, pero parecía que no era así.

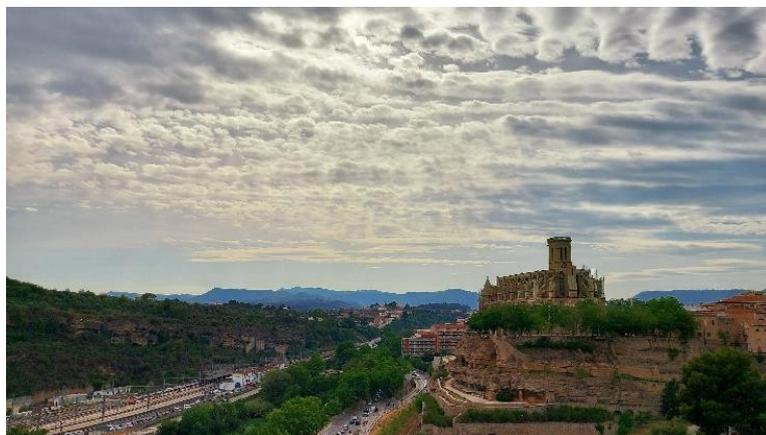
Finalmente llegamos a la confluencia de los ríos Llobreguet y Cardoner, donde paramos para hacer un picnic.



La reflexión del día seguía centrada en el pecado, no tanto en nuestros pecados personales, sino en la realidad de que existe en el mundo. Siguiendo el ejemplo de la repentina claridad de Ignacio al darse cuenta de que su «hermosa visión» era en realidad algo maligno, rezamos para poder ver claramente el pecado en acción.

No pensé mucho en ello ese día, ya que mis pensamientos se centraban en la triste despedida de Ignacio a sus amigos en el puente y en todo el nuevo entorno. Por supuesto, también me preguntaba si mis ampollas estaban mejorando. (No era así).

La caminata de ese día terminó bastante pronto, ya que el padre Josep probablemente se compadeció de nosotros y decidió acortar la ruta a 15 km, permitiéndonos tomar un tren local de vuelta a La Cova, diciendo que teníamos que guardar energías para los dos días siguientes. ¡Qué razón tenía!



Una última vista de la catedral de Manresa.

El día 9 fue inusual porque, por única vez en toda la peregrinación, nuestro equipaje no nos acompañaría. Por lo tanto, tuvimos que caminar con ropa para cambiarse para el día y algo para la noche. Por supuesto, esto hizo que nuestras mochilas pesaran más, lo cual encajaba perfectamente con la idea de llevar nuestros pecados como cargas. Como en aquel viejo cuento de Enid Blyton, «La tierra lejana». Cogimos un tren hasta Castellbell y Vilar (donde habíamos previsto terminar el día anterior, de no ser por el «descuento» que nos hizo el padre Josep) y comenzamos una caminata de 25 km. Lo anoté en mi diario como «el primer día brutal» de la peregrinación.

La mañana comenzó de forma agradable, mientras pasábamos junto a unos hombres que pescaban en un río y unas vías de tren a la sombra. Volvimos a ver Montserrat y parecía que estábamos más cerca que antes. Dos peregrinos «abandonaron» a mitad de camino y tomaron un tren hasta nuestro destino. La tarde transcurrió en una confusión de senderos y brutales subidas, incluida una tan difícil que una peregrina con problemas en la rodilla rompió a llorar y no pudo continuar hasta que algunos peregrinos más fuertes la ayudaron con su mochila. Más tarde dijo que pensó que moriría en esa subida. No parecía una exageración. También pasamos por pequeñas urbanizaciones en la zona del parque nacional de Montserrat, y en un momento dado estuve convencido de que una casa pintada de colores vivos era la que habíamos pasado de camino a Montserrat cinco días antes. Le pregunté al padre Josep si era así, y él se rió, diciendo que debía de estar tan cansado que tenía alucinaciones.



¡Montserrat OTRA VEZ!



Cuesta arriba, cuesta arriba, todo el día

En un momento dado, atravesamos un «túnel» que parecía un bosque de bambú y salimos a una carretera donde pasamos por delante de una gran casa en medio de la nada llamada Nhoa, que según nos contó el padre Josep era una casa de mala reputación. Sin duda, era muy apropiado que pasáramos por ese lugar en un día en el que estábamos contemplando el pecado.

A medida que avanzaba la tarde, me dolían mucho los pies por las ampollas, pero aún así era soportable. Hablé lo mínimo con mis compañeros de peregrinación, ahorrando energías para llegar al final del día y a nuestro destino, Terrassa. Me preguntaba si estaba siendo antisocial, pero no tenía suficiente energía para preocuparme. La reflexión del día era aceptar nuestra pecaminosidad y arrepentirnos por traer desarmonía y desorden al mundo. Como cada paso era difícil y doloroso, me resultaba fácil imaginar que se trataba de una gran penitencia por algunos pecados importantes. Sin duda, pensaba que si eso era pagar por mis pecados, entonces había pagado mi deuda, ¡y con creces!

Después de reflexionar sobre el carácter destructivo del pecado, debíamos hablar con Jesús sobre el perdón que habíamos recibido. ¡Me hubiera gustado creer que, tras las dificultades del día, habría recibido el perdón!



¡Terrassa!

Cuando finalmente llegamos a Terrassa, votamos por parar primero en un bar para tomar una bebida fría, muy necesaria, antes de dirigirnos al albergue. Y nos alegramos de haberlo hecho, porque el albergue estaba a 4 km más, al otro lado de la ciudad. Aunque éramos 12 en la habitación, era un albergue limpio y nuevo. Había sido un día largo y, cosa rara en mí, me terminé todo lo que había en el plato para cenar (¡incluida una crème brûlée casera!), y luego me dormí rápidamente. Menos mal, porque unas horas más tarde me despertó una orquesta de ronquidos que parecía venir de todas partes, de otros peregrinos. Otro peregrino y yo nos levantamos de la cama y les dimos unos golpecitos a los roncadores, pero fue inútil. No pude evitar reírme, aunque al día siguiente pagaría caro el sueño perdido.

Etapa 3: Conociendo a Jesús; siguiéndolo de cerca

El décimo día nos llevaría a Barcelona y de vuelta al encantador convento en el que nos alojamos la primera noche. Estaba deseando que llegara, pero primero tenía que superar el día más largo de la ruta: 34 km. Resultó ser inolvidable, aunque quizá no por los motivos que uno desearía.

Con este día, comenzamos la «segunda semana» de los ejercicios espirituales de San Ignacio, en los que se nos pedía profundizar en nuestra relación personal con Jesucristo, viéndolo claramente, amándolo y siguiéndolo.

Volvimos a pasar una agradable mañana paseando por parques sombreados y cubiertos de hierba a las afueras de Terrassa. El resto de la mañana pasó en un suspiro y llegamos a las afueras de Sant Cugat para almorzar, una zona bastante nueva y urbanizada, con muchos bloques industriales y de oficinas. Paramos en un restaurante de comida rápida con un nombre pretencioso (Viena), donde tenía tanta hambre que me comí una hamburguesa grande y luego un postre de mango, lo cual fue una buena idea, porque más tarde necesitaría toda esa energía.

Llegamos bastante rápido al Parc Natural de Collserola, que estaba a las afueras de Barcelona. Esto me dio la (errónea) impresión de que estábamos cerca de nuestro destino.





A medida que avanzaba la tarde, mis pies llenos de ampollas comenzaron a dolerme de nuevo. Una de las gracias por las que debíamos rezar ese día era sentirnos llamados personalmente a acompañar a Jesús en su camino como compañeros y colaboradores. No estaba en un estado espiritual que me permitiera pensar en términos tan esotéricos.

Sin embargo, me di cuenta de que interiorizar mi dolor, intentar conservar energía permaneciendo en silencio y buscar fuerzas en mi interior quizá no estaba funcionando. Así que decidí charlar con mis compañeros de peregrinación, con la esperanza de que la conversación me distrajera del dolor de los pies. Y así fue. Charlé con el vicario mientras descendíamos por la sierra de Collserola, cantando nuestros himnos y canciones pop favoritas, y contándonos buenas historias de ciencia ficción que habíamos leído.

El tiempo pasó rápidamente y, en poco tiempo, llegamos a un claro desde donde se veía Barcelona. Gritamos y vitoreamos, sin darnos cuenta de que aún nos quedaba un trecho por recorrer.

Durante el descenso, la peregrina que había estado luchando contra el problema en la rodilla sintió de repente un chasquido en la articulación. Otro había olvidado su medicación para la gota y también sufría dolor. Como era norma del padre Josep, tuvimos que esperar a todos. Así que permanecimos de pie durante largos ratos esperando a que ellos descendieran lentamente. Fue durante esos minutos cuando empecé a notar cómo se me acumulaba la sangre en los pies, que comenzaron a hincharse. Como me había atado bien las botas para evitar resbalar y que la ampolla rozara más, la molestia aumentó rápidamente. Sin embargo, no me atreví a aflojar los cordones por miedo a que las ampollas empeoraran.

Finalmente llegamos al pie de la montaña y nos encontramos en una carretera que reconocí como la que llevaba al convento. ¡Estábamos cerca! Sin embargo, como la peregrina con la rodilla lesionada ya no podía caminar, el padre Josep intentó llamarle un taxi. Curiosamente, en Barcelona los taxis no recogen pasajeros en la calle, hay que ir a una parada. Por eso tardamos mucho en encontrar uno. Estaba anocheciendo y empezaba a soplar una brisa fresca. De pie al borde de la carretera, sentía que empezaba a tener frío. Cuando por fin paró un taxi y todos lo miramos con ansias, el padre Josep dijo: «¡Solo uno!». (Quedaba claro que solo la peregrina con la rodilla destrozada iba a subir al taxi). Sin embargo, una vez que ella subió, la siguió rápidamente el peregrino con gota y, de repente, ¡un tercer peregrino que sufría de alergia también se coló en el taxi! Impotente, pensé: «¡Oye, no se puede hacer eso!». Miré con horror cómo el padre Josep cerraba la puerta y el taxi se alejaba, porque lo único que pensé en ese momento fue: «Oh, mierda», porque supe al instante que yo era el «eslabón más débil» que quedaba en el grupo y que sería el más lento.

Resultó que no estábamos *tan* cerca del convento, ya que aún teníamos que caminar penosamente por la carretera durante otros 7 km, o una hora más. Yo iba el último, y el grupo tenía que parar a menudo para esperarme, aunque yo avanzaba tan rápido como me lo permitía mi cuerpo. Volví a caminar solo, sintiéndome muy mal por retrasar al grupo. Me di cuenta de que llevábamos casi 10 horas en la carretera ese día, y nunca antes había estado tanto tiempo de pie. Además de las ampollas, me empezaba a doler la parte superior del pie izquierdo. Cada paso era un pequeño estallido de dolor, me había quedado sin agua y nunca me había sentido tan cansado. Tampoco había tenido que seguir adelante con tanto dolor antes; normalmente, uno deja de hacer lo que le causa dolor cuando se lesiona o siente dolor. Pero esta vez no. Teníamos que llegar a nuestro destino, así que apreté los dientes y

Luché contra la batalla de la mente contra el cuerpo. No sabía de dónde sacaba la fuerza, pero lo conseguí.

Eran más de las 7 de la tarde cuando finalmente llegamos al convento. Entré tambaleándome en mi habitación, llené mi botella de agua, me senté en la cama y me bebí casi un litro de agua de un trago. Estaba agotado. Probablemente pasaron al menos 10 minutos antes de que pudiera reunir la energía necesaria para levantarme y darme una ducha. Tenía mucho frío y temía haber cogido un resfriado. No me atreví a mirar las ampollas, que sabía que habían empeorado, y decidí que me ocuparía de mis pies después de cenar y reponer fuerzas. Caminé cojeando hasta el comedor del sótano, pero apenas comí, y luego volví lentamente a mi habitación. La monja polaca encargada vio mi sufrimiento y, en «lenguaje de signos», me dijo que no bajara por las escaleras, sino que tomara el ascensor, pulsó el botón por mí y me llevó a mi habitación para que descansara. Quizás el esfuerzo del día me había afectado, pero su sencillo gesto de amabilidad me hizo llorar.

De vuelta en mi habitación, finalmente me armé de valor para inspeccionar mis pies y vi que el izquierdo estaba tan magullado e hinchado que la piel brillaba. Y en el otro pie, ¡las ampollas se habían extendido desde la planta hasta entre los dedos! Era asqueroso. Por suerte, un amigo estaba haciendo el Camino de Santiago en ese momento, así que estábamos en la misma zona horaria y habíamos estado intercambiando mensajes. Le conté mi problema con las ampollas y le dije que era extraño, porque esas botas me habían ido muy bien en los Alpes. Él me señaló que las botas adecuadas para los Alpes quizá no lo fueran para el calor de España, y entonces caí en la cuenta. ¿El problema de las ampollas se debía a que había estado usando el tipo de botas de montaña equivocado? En ese mismo momento, decidí que al día siguiente compraría un nuevo par de zapatos.

Una de las reflexiones de ese día, como resultó ser, fue la observación de San Ignacio de que aquellos que desean unir su destino al de Jesucristo deben trabajar con Él, «para que, siguiéndole en el dolor, también le sigan en la gloria de su Reino». Otra reflexión fue darme cuenta de que estábamos en una gran ciudad, o «reino mundano», y compararla con el reino de Dios. Al pensar si mi vida estaba orientada hacia un reino terrenal o uno eterno, pensé en lo que podría renunciar de este mundo y, curiosamente, ¡mis pensamientos volvieron a mi trabajo! ¿Es entonces la «posesión mundana» a la que está orientada mi vida lo que me impide abrazar el reino de Dios? Quién sabe. Sin embargo, me pregunté si mi dolor de ese día representaba una especie de sufrimiento por Cristo; si es así, ¿es tan difícil el camino hacia el reino de Dios?

Así terminó el día más duro físicamente de mi vida, y uno de los más memorables, aunque no por las razones que uno esperaría normalmente.

El día 11 nos trajo un dulce respiro, ya que era un día de descanso en Barcelona antes de continuar nuestro viaje hacia Italia. Unos cuantos peregrinos visitamos de nuevo la iglesia de la Sagrada Familia, que debe de haber «crecido» más torres desde nuestra última visita en 2019. He perdido la cuenta. Esta vez hicimos una visita audioguiada de la iglesia y me fijé en aspectos del interior que no había visto antes.

Cuánto había avanzado desde mi primera visita, hace más de diez años, cuando aún se podía ver el cielo al entrar en el complejo, y recuerdo que me horrorizó pensar que había pagado 8 € para ver una obra en construcción. Se supone que la iglesia estará terminada en 2026, y parece que avanzan a buen ritmo, pero quién sabe si se cumplirá el plazo.



Después de la visita, encontramos el tranquilo patio interior que albergaba la oficina donde nos sellaban los pasaportes de peregrinos, uno de los pocos lugares del complejo al que se puede acceder sin entrada. Solo había que decir «Peregrino» a los guardias de seguridad y mostrar nuestros «pasaportes» de peregrinos como contraseña para entrar. Volveríamos a utilizar esa contraseña para una «entrada especial» antes de que terminara la peregrinación.



Mientras mis compañeros peregrinos se dirigían a visitar otros lugares de interés de Gaudí, yo me dirigí a mi destino más importante del día: ¡una tienda de calzado de montaña! Elegí un par de zapatos Bestard, una marca española. Sorprendentemente, mis pies se sintieron inmediatamente felices cuando me los probé. Tenía la cautelosa esperanza de que este fuera el principio del fin de mis problemas con las ampollas.

Más tarde, esa misma noche, me di cuenta de que el moratón y el dolor en el pie me resultaban familiares: era la sensación de un esguince. De alguna manera, eso me tranquilizó, saber que ya había sobrevivido a esguinces anteriormente y que esto también pasaría.

El almuerzo de ese día fue un auténtico festín, con tapas, sangría y un postre que, sin saberlo, llevaba alcohol. Estaba muy llena y un poco achispada después del almuerzo, pero después de las penurias del día anterior, ¡me lo merecía!



Merecedoras de una foto, las zapatos que salvaron mi peregrinación.

De vuelta en el convento, llegó el momento de la reflexión diaria. Se trataba de reconocer la imagen de Jesús que más nos llama la atención a muchos de nosotros: la de sanador de cuerpos, espíritus y relaciones rotas con Dios, mediante el perdón. Esta misericordia en el perdón es otorgada por Su gracia, y nosotros no hemos hecho nada para merecerla. Se nos pidió que pensáramos en las escenas de curación del ministerio de Jesús y que preguntáramos qué queríamos que Jesús hiciera para curarnos. En la historia de Jesús curando a Bartimeo, Jesús le pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?». Bartimeo responde:

«Rabbuni, déjame ver». Se podría pensar que es una pregunta extraña por parte de Jesús, ya que Él seguramente sabe qué curación necesitamos o queremos. Una interpretación es que debemos reconocer nuestros problemas y expresar nuestros deseos, incluso a Jesús. De manera muy acertada, una frase de nuestro libro de reflexión decía: «Me presento ante Jesús como alguien que necesita curación en cuerpo, mente y espíritu». Este día, acepté con gratitud el tiempo de descanso y reconocí mi necesidad de curación en el cuerpo.

Odisca italiana

El día 12 volamos a Italia. Ignacio viajó por mar, en una travesía que duró cinco días y cinco noches, lo que debió de ser muy duro. No pudimos replicar este viaje porque, aunque el padre Josep intentó organizar un viaje en ferry, se dio cuenta de que tardaría demasiado (¡un día!) y sería muy complicado. Como bromeó: «¡Esto es una peregrinación, no una tortura!». De hecho, los problemas de Ignacio no terminaron al llegar a las costas italianas: desembarcó en la ciudad costera de Gaeta, pero estaba cerrada a los viajeros debido a la peste y no tenía fuerzas para llegar a la siguiente ciudad. Lo salvó una duquesa, que casualmente salía de la ciudad en procesión y le concedió la entrada. Afortunadamente, nosotros no tuvimos que pasar por tales penurias. En el aeropuerto de Barcelona, nos despedimos de una peregrina que tuvo que acortar su viaje y volver a casa por motivos familiares. Había venido con cuatro amigos y se despidieron entre lágrimas. Supongo que las despedidas inesperadas son a menudo las más difíciles. Subimos a nuestro vuelo económico y, en poco tiempo, llegamos a Lazio, Italia.

Un minibús nos llevó a Sutri, una antigua ciudad situada a unos 60 km al noroeste de Roma. Sutri era una pequeña ciudad con calles empedradas y estrechas de adoquines, y armamos un gran alboroto mientras arrastrábamos nuestras maletas hasta nuestro alojamiento de AirBnB. Como no había alojamientos lo suficientemente grandes para todos, nos dividimos en tres apartamentos diferentes. El mío era el más alejado, en lo alto de la colina, pero era un precioso apartamento de tres habitaciones con cocina y comedor, y nos sentimos como turistas por un día.

Visitamos una cueva medieval cercana que había sido utilizada como mitreo (un templo dedicado al dios romano Mitra), pero que más tarde se convirtió en una iglesia cristiana. Tiene pinturas en las paredes y los techos, y es tan valiosa para los lugareños que un guardián vino especialmente para abrirnos la puerta, encender las luces brevemente y volver a cerrarlo todo después de que nos fuimos.



Detrás de la cueva había un anfiteatro romano que había sido redescubierto hace solo 100 años. Le pedimos a una peregrina que sabíamos que tenía una bonita voz que se colocara en medio de la arena y cantara una canción. La acústica llevó su voz hasta nosotros, que estábamos en las gradas, y fue bastante

Es impresionante que el diseño mantuviera su función a pesar de ser antiguo, estar cubierto de musgo y maleza. Curiosamente, fue aquí, mientras escuchaba la audioguía del anfiteatro, donde aprendí la palabra «vomitorium», que a nuestros oídos modernos suena horrible, pero no lo es. Es el pasillo situado debajo del anfiteatro, que permite a la multitud salir rápidamente del recinto después de un evento. Me pregunté cómo había evolucionado la palabra «vomitar» hasta utilizarse hoy en día en un contexto completamente diferente. Pero mi lección de etimología tendría que esperar a otra ocasión.



La ciudad de Sutri parecía congelada en el tiempo, tal vez en la década de 1960. Había pocos coches y los lugareños hablaban muy poco inglés. Incluso el dueño de la tabaquería local tenía el aire de un viejo Don Corleone. Mejor no meterse con él.

Esa noche cenamos en el restaurante local, que tenía manteles a cuadros rojos y blancos, una cocina presidida por una imperiosa Nonna a la que me sentí obligado a saludar al entrar y al salir del restaurante, y un jefe con barba blanca que se parecía a George Lucas.

De entrante tomamos pasta *al dente* con setas (aunque la ración era tan abundante que en cualquier otro sitio habría sido un plato principal), pollo con patatas fritas como plato principal y pan dulce de postre.



La clientela (aparte de nosotros), la Nonna, la ubicación y el ambiente del restaurante crearon una atmósfera que lo convirtió sin duda *en* el lugar más italiano en el que había estado en mi vida. Una ruidosa concentración electoral con un sistema de sonido metálico que se celebraba en la plaza del pueblo cuando salimos del restaurante contribuyó a ese ambiente, y sentí que nunca volvería a estar tan profundamente en el corazón de Italia.

La reflexión de ese día fue una continuación del ejercicio de conocer a Jesús y verlo con claridad, esta vez pensando en el Sermón de la Montaña. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra...* Una serie de enseñanzas contrarias a la intuición y a la cultura que nos desafían. A decir verdad, en medio de todas las actividades turísticas que disfrutamos ese día, era difícil pensar en esos términos. Las guardé para otro día.

El médico era uno de los peregrinos que vivía en nuestro apartamento y había decidido que nos prepararía el desayuno. Así que a la mañana siguiente disfrutamos de un auténtico manjar: beicon con huevos revueltos, espárragos y un buen café.

Así comenzamos una feliz mañana del día 13, mientras nos despedíamos de Sutri y pasábamos por delante de unas cuevas (que se utilizaban como tumbas) de camino a la salida.

En el sentido de las agujas del reloj, desde la parte inferior izquierda: Helen, Jim, Ade, Elaine, Helen, Jeanne y Anna.



Arriba: Todos los caminos llevan a Roma

Izquierda: Cuevas

Durante esos días estaríamos en la Vía Francígena, una ruta medieval que llevaba a los visitantes del norte de Europa a la Ciudad Eterna. Nuestra ruta discurría por algunas carreteras, algunos caminos de barro (ablandados por la lluvia, pero aún no empapados) e incluso pasaba por un club de campo.

Mis problemas con las ampollas (¡seguro que no pensabas que habían desaparecido!) habían mejorado mucho desde que no habíamos caminado mucho en los dos últimos días, pero no se habían resuelto por completo. Como habían empezado a supurar un líquido con un olor extraño, me preocupaba que pudiera tratarse de una infección, así que le pedí al médico una crema antibiótica. (Lo sé, demasiada información... pero esta historia tiene un final feliz, y pronto). Los zapatos nuevos eran definitivamente los adecuados para mí y mis pies por fin empezaron a sentirse bien. Por primera vez desde el segundo día, me di cuenta de que caminaba sin molestias y empecé a disfrutar de nuevo del paseo. En retrospectiva, me parece bastante ridículo. Seguro que hay quien se pregunta: «¿Así es como entiendes unas vacaciones? ¿O una peregrinación?». Bueno, el sufrimiento fortalece el espíritu y el espíritu fortalece el carácter.



El almuerzo fue en un pequeño pueblo llamado Monterosi, y el barista del café local era el típico italiano encantador y coqueto, que dibujó un corazón en la espuma de mi capuchino y me dijo: «Para ti». Aquí también descubrí que la versión italiana de los «Twisties» se llama «Fonzies». Cada día se aprende algo nuevo.

Como suele ocurrir cuando estamos de vacaciones, perdemos la noción de los días de la semana. Así que fue durante esta parada para almorzar, cuando miré mi teléfono y vi numerosos mensajes de los padres de los adolescentes de mi clase de catecismo preguntándome en qué aula era la clase de hoy, cuando me di cuenta de que era sábado. ¿Es este un ejemplo de dejar atrás tu otra vida mientras estás de peregrinación? Llevábamos dos semanas de viaje y me preguntaba dónde se había ido el tiempo.



Más tarde, esa misma tarde, algunos de nosotros que caminábamos demasiado despacio nos quedamos atrás y nos perdimos por un rato. La cobertura era irregular y no podíamos obtener una ubicación geográfica precisa en Google Maps. Sin embargo, uno de los peregrinos llevaba un Apple AirTag en su maleta (que supusimos que ya habría llegado a nuestro destino) y, cuando intentamos navegar con el AirTag, ¡nos indicó la dirección que debíamos seguir! ¿Se podría decir que Apple es increíble o que se ha infiltrado insidiosamente en todos los aspectos de nuestras vidas?

Al final del día, llegamos a Campagnano di Roma, un pequeño pueblo con un centro bastante bonito, pero que sería recordado como el lugar que albergó nuestro peor alojamiento de esta peregrinación. Algunas partes del edificio en ruinas en el que nos alojábamos parecían un antiguo jardín de infancia, pero ahora tenía una sala de juegos en la planta baja con una mesa de billar que parecía ser un espacio comunitario para adolescentes.

Los colchones de nuestro dormitorio eran tan finos y las almohadas tan ridículamente abultadas que se hacían bromas un poco morbosas... «No me des una patada en la cara en mitad de la noche o te ahogaré». «Si lo haces, por favor, que no sea con esta almohada. ¡Tengo mis principios!». Nunca me había alegrado tanto estar envuelto en mi saco de dormir de veinte años, por muy sucio que estuviera después de tantos años.



Creo que este era el ayuntamiento.

Como era de esperar, al final del día mis ampollas se habían vuelto un poco blandas. Había llegado el momento de la verdad, de tomar una decisión con la que había estado luchando toda la tarde. ¿Debía caminar al día siguiente o dejar descansar las ampollas? Saltarme un día de caminata me parecía hacer trampa, ya que, al fin y al cabo, se trataba de una peregrinación a pie. Pero la razón principal por la que había venido era para poder entrar en Roma a pie y hacer la Peregrinación de las Siete Iglesias (más adelante hablaré de ello). Decidí que esos objetivos eran más importantes que ser purista sobre cómo llegaba a mi destino, y decidí que al día siguiente no caminaría. Cuando se lo conté al padre Josep, sentí un gran alivio y supe que había tomado la decisión correcta.

Una de las reflexiones de hoy era meditar sobre el hecho de que Jesús, aunque sin pecado, decidió situarse entre los pecadores como parte de su ministerio. Al hacerlo, dejó a su madre en Nazaret y se dirigió al Jordán para ser bautizado, tras lo cual comenzó su ministerio. Parte de la contemplación ignaciana consiste en situarse dentro de una historia del Evangelio e imaginar cómo reaccionarías ante lo que se dice y se hace en esas escenas. Aunque no se trata de una historia del Evangelio, imaginé la escena en la que Jesús le dice a su madre que la deja para hacer lo que tiene que hacer. Seguramente ella se habría entristecido un poco, pero al mismo tiempo habría comprendido su decisión. Comparé esto con mi decisión de «dejar» a mis compañeros de peregrinación, aunque solo fuera por un día. Muchos expresaron cierta tristeza por el hecho de que no me uniría a ellos al día siguiente y que me echarían de menos (lo que me sorprendió, ya que

no era muy hablador la mayor parte del tiempo). Pero yo estaba en paz y sabía que había tomado la decisión correcta. Así que, a pesar de la horrible cama y la almohada llena de bultos, dormí muy bien esa noche.

El día 14 era domingo, ¡y yo iba a ir en autobús a nuestro próximo destino! Otros dos peregrinos también habían decidido no caminar, así que compramos los billetes en una cafetería (sí, en Italia las cafeterías venden billetes de autobús) y tomamos allí nuestro espresso matutino, ya que estaba junto a la parada. Era un día festivo y la señora que nos vendió los billetes nos dijo que el autobús llegaría tarde. Cuando le preguntamos a qué hora llegaría, nos respondió con una despreocupación típica de los italianos: «Ya llegará».

Mientras esperábamos, nuestros compañeros peregrinos pasaron por delante y nos dijeron adiós con la mano, tras lo cual llegó una procesión por la calle y nos dimos cuenta de por qué no podía pasar el tráfico.



Resultó que ese día era la primera comunión y era un gran acontecimiento en este pequeño pueblo.

Los niños, todos vestidos para la ocasión, caminaban en procesión por el pueblo con el sacerdote (que llevaba un megáfono y recitaba oraciones), seguidos por sus padres y padrinos. Parecía que todo el pueblo estaba en la procesión.

Se dirigieron a una iglesia al final de la calle y estuve tentado de unirme a la misa, si no fuera por el autobús que teníamos que coger.

Mientras caminábamos hacia la cafetería, habíamos visto a un hombre de aspecto distinguido que caminaba en dirección contraria, y tanto uno de los peregrinos como yo coincidimos en que era muy guapo. Como ella tenía ascendencia italiana, declaró que era muy compatible con él. Le pusimos el nombre de Giovanni y, por una casualidad, estaba en la procesión. Mi compañero peregrino dijo que esperaba que solo fuera un padrino, para que no fuera un hombre casado. Le hicimos fotos como si fuéramos paparazzi para poder contar esta historia más tarde, en nuestro entretenimiento poco apropiado para un domingo por la mañana.

Probablemente pasó otra hora antes de que llegara el autobús, durante la cual nos preguntamos cómo les iría a nuestros compañeros de peregrinación. Estaba muy agradecida de tener a otras dos personas con quien compartir esta aventura, porque si hubiera estado esperando el autobús sola, mi nivel de estrés se habría disparado a medida que pasaban los minutos sin que hubiera señales del autobús. Cuando por fin subimos al autobús y nos pusimos en marcha, me alegré mucho (¡quizá demasiado!) de que llegaríamos a nuestro destino en media hora, en lugar de seis horas. Me sentí tan libre de culpa que me di cuenta de que necesitaba (¡o merecía!) el descanso. Mis ampollas y mis dedos de los pies me lo agradecieron enormemente.



Llegamos a nuestro destino a las 11 de la mañana y nos registramos en nuestro alojamiento para peregrinos, cuyo nombre se traducía como «Señora del Sagrado Corazón». Lo regentaban unas monjas indias y daba servicio a una comunidad india. Esta vez nos alojamos en habitaciones dobles, ¡se acabaron los dormitorios! Y después de un almuerzo decididamente poco peregrino, compuesto por un bol de salmón, me instalé para ponerme al día con mis lecturas y reflexiones.



La reflexión de hoy versaba sobre la guerra entre los «dos estándares» (en lenguaje militar de Ignacio). El camino de Jesús, que era el de la sencillez, o el camino mundano, que era el de las riquezas, el honor y el orgullo. Por supuesto, es fácil decir que queremos seguir a Jesús y recorrer su «camino», pero ¿cuántos de nosotros actuamos realmente en consecuencia y renunciamos a nuestros caminos mundanos para hacerlo?

Hoy estuvimos en la ciudad de La Storta, donde se encuentra una pequeña iglesia que fue escenario de un importante acontecimiento espiritual en la vida de Ignacio. Ignacio había rezado durante mucho tiempo para «ser puesto con Jesús» y le había pedido a María: «Ponme con tu hijo». Incluso después de convertirse en sacerdote, pospuso la celebración de su primera misa hasta sentirse lo suficientemente cerca de Jesús y mejor preparado. De camino a Roma, se encontró con una pequeña capilla abandonada en las afueras y se detuvo a rezar. Allí oyó a Dios que le decía: «Yo estaré contigo», y luego a Jesús que decía: «Quiero que lo recibas como tu siervo», a lo que Jesús respondió a Ignacio: «Quiero que nos sirvas». Esta fue la señal más clara para Ignacio de que su vocación era ser compañero de Jesús y que había sido aceptado por la Trinidad como siervo de Jesús. Su oración había sido escuchada. Así se sentaron las bases de la Compañía de Jesús.



Arriba: Representación pictórica de la visión de Ignacio

Izquierda: La Storta, exterior e interior

Esta promesa, «Estaré contigo», era un eco de una promesa que se encuentra a lo largo de toda la Biblia: a Gedeón, a los profetas, a María y a Pablo. También era el mensaje subyacente en el famoso poema «Huellas en la arena»: un hombre soñó que caminaba por la playa con el Señor y, mientras las escenas de su vida pasaban ante sus ojos, vio dos huellas, las suyas y las del Señor. Sin embargo, se dio cuenta de que había muchos momentos en los que solo había un par de huellas. También se dio cuenta de que esos eran los momentos más bajos de su vida. Preguntó por qué el Señor lo había abandonado cuando más lo necesitaba. El Señor respondió: «Hijo mío, te amo y nunca te abandonaré. Durante tus momentos de prueba y sufrimiento, cuando solo ves un par de huellas, es entonces cuando te llevo en mis brazos».

Esa noche, después de que el resto del grupo llegara a La Storta, el padre Josep celebró la misa en la capilla de nuestro alojamiento para peregrinos. Nos contó que, en un viaje de reconocimiento anterior, se había detenido en una iglesia cercana y, al marcharse, una señora le había dado un trozo de papel. Él no quería cogerlo, pero ella insistió. Lo guardó en su bolsa y se marchó, y luego se olvidó por completo. Solo lo abrió cuando llegó a casa y se dio cuenta de que era el poema «Las huellas». Lo incluyó en nuestro cuaderno de reflexión, ya que también era el tema de La Storta y el tema del día: que Dios camina con nosotros y, si Él está con nosotros, ¿quién puede derrotarnos?

De repente, me di cuenta de que durante el insoportable décimo día, cuando no sabía cómo había tenido fuerzas para caminar todo ese camino con tanto dolor hasta llegar al convento de Barcelona, solo podía haber una explicación: no era mi fuerza, ni siquiera que Cristo caminara conmigo, sino que **Él me llevaba en sus brazos**. Se me llenaron los ojos de lágrimas y supe entonces que todo el dolor y los problemas en los pies se curarían. Llegaría a Roma. En la adversidad podemos encontrar bendiciones. Porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

Al final del día, todos estaban agotados, incluida yo, ¡aunque no había caminado ni una fracción de lo que habían caminado los demás! Mis ampollas también habían empezado a secarse por fin: podía ver tres capas de piel seca, lo que significaba ampollas sobre ampollas sobre ampollas... En fin, ya no me molestaban.

Etapa 4: Caminar con Jesús, llegar a ser como Él y alcanzar el amor de Dios.

Estaba emocionado por comenzar el día 15, porque era el día en que entraríamos en Roma. La última vez que había visitado Roma era cuando era un estudiante universitario impresionante que viajaba con mi hermana, y aunque no había lanzado una moneda a la Fontana di Trevi, ¡por fin volvía!

Como la capilla de Ignacio en La Storta estaba cerrada la noche anterior cuando intentamos visitarla, volvimos a pasar por allí al salir de la ciudad, pero, por desgracia, en ese momento se estaba celebrando una misa. Al ser un espacio muy pequeño, el padre Josep nos dijo que no era apropiado que entrásemos, ya que causaríamos demasiadas molestias. La peregrina con la rodilla rota (que se había lesionado tanto que tuvo que hacerse una tomografía computarizada en Barcelona después de aquel día inolvidable en Collserola) estaba decidida a seguir adelante porque quería volver a visitar esta capilla de La Storta, ya que la primera vez que estuvo allí le había emocionado mucho. Así que entró sola y se sentó un minuto, mientras el resto esperábamos fuera. Una pesada cortina de terciopelo cubría la entrada y no pude resistirme a echar un vistazo. Era realmente una capilla diminuta, con capacidad para no más de quince o veinte personas. No tuvimos tiempo suficiente para hacernos una idea de la magnitud de la revelación que tuvo Ignacio en ese lugar. Supongo que hay algunas oportunidades en la vida que hay que dejar pasar. Era hora de seguir adelante.



Esta mañana hemos pasado por una gran variedad de paisajes: un edificio de los Carabinieri con un exterior tan descuidado que me pregunté si sería una comisaría en funcionamiento; granjas con vacas; prados con amapolas; caminos bordeados de árboles altos; caminos de barro; arbustos espinosos... Y durante gran parte del trayecto, hemos oído el canto de los pájaros. Ha sido un día precioso.





Caminamos por un parque nacional y vimos un coche de policía aparcado dentro, pero no había ningún policía a la vista. Me pregunté si estarían investigando algún delito relacionado con una persona desaparecida y un cadáver enterrado en el parque... pero no era momento para esos pensamientos. Nos abrimos paso entre unos matorrales espinosos y tuvimos que prestar mucha atención al caminar, concentrándonos en la tarea que teníamos entre manos, para no pincharnos con las espinas.

Finalmente llegamos a un campo abierto, pero después de cruzarlo, tuvimos que subir una colina tan empinada que había una cuerda al lado del camino para ayudarnos a subir. Por suerte, esta pendiente no tenía más de 50 metros de largo. Al otro lado de la colina, de repente volvimos a la «civilización», a las afueras de Roma.



Después de una breve parada para tomar un café, continuamos por un agradable camino compartido para peatones y ciclistas, detrás de una urbanización. El terreno llano y pavimentado era un cambio refrescante después de tener que estar pendiente de las raíces que sobresalían, los charcos de barro y las ramas que colgaban. El cambio de escenario se completaba con los edificios pintados con grafitis y el sonido de los niños jugando.

Avanzamos a buen ritmo y disfruté de cada paso sin dolor que daba con mis zapatillas nuevas.

La meditación de hoy consistía en rezar para conocer mejor a Jesús y comprender más profundamente el atractivo de su llamada. Uno de los pasajes de las Escrituras sobre los que debíamos reflexionar era la historia de María y Marta durante la visita de Jesús a su casa: María se sentó a escuchar a Jesús, mientras que Marta se afanaba con todos los preparativos que había que hacer. Cuando Marta se quejó a Jesús de que María no la ayudaba, Jesús le dijo: *«Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas, pero pocas son las necesarias, solo una. María ha elegido lo mejor, y no se le quitará»*. Muchos de nosotros acabamos siendo como «Marta», intentando hacer muchas cosas y resentidos, en lugar de ser como «María». Sin embargo, la reflexión de hoy nos preguntaba si podríamos ser ambas cosas: «contemplativas en acción». Pensé en nosotros avanzando con paso firme a través de la espinosa maleza durante nuestra segunda hora de meditación silenciosa, moviéndonos de forma deliberada y significativa mientras contemplábamos. ¿Es eso «contemplativas en acción»? ¿Cómo podemos trasladar esa acción a nuestra vida cotidiana? ¿Trabajar con constancia y sin quejarnos como muestra de nuestro amor a Dios?

Durante nuestro paseo por el camino pavimentado detrás de la urbanización, entablé conversación con la peregrina que había sido mi compañera de habitación siempre que teníamos habitaciones dobles. Al principio de la peregrinación, cuando otros peregrinos estaban enfermos y ella temía que le pasara algo, me dijo la combinación de la cerradura de su maleta, por si teníamos que abrirla en caso de emergencia. Aprecié mucho la confianza que depositó en mí. Ese día, como estaba de humor más conversador, ya que no caminaba con dolor, hablamos de los retos a los que se enfrenta nuestra fe. Ella me contó una crisis de fe por la que había pasado y me preguntó por qué creía que Dios existía. Hice mi mejor discurso y ella concluyó que yo simplemente tenía el don de la fe. ¿Es así de sencillo, o la fe es algo en lo que hay que trabajar y construir? Como íbamos delante del grupo, justo detrás del padre Josep, él escuchó casi toda nuestra conversación y solo interrumpió una vez para aclarar un punto doctrinal sobre el que yo no estaba seguro. Me atrevería a decir que eso significa que casi todo lo que dije sobre el catolicismo durante la conversación era correcto. Si la fe era un don, entonces estaba agradecido por ello, ya que me había permitido aceptar la llamada de Jesús.

De repente, nuestro camino terminó y llegamos a un saliente. Estábamos en el Parco de Monte Cocci, que daba a la Ciudad del Vaticano, y desde allí podíamos ver la cúpula de la basílica de San Pedro y los jardines del Vaticano. La vista me animó mucho y me alegré de haber guardado fuerzas para esto. Me atrevería a decir que todos los miembros del grupo estaban igual de encantados de ver San Pedro.



Almorzamos en una pizzería encantadora que vendía pizza por «tamaño»: pizzas rectangulares con todo tipo de ingredientes, y le decías a la camarera cuándo «parar» mientras ella movía las tijeras a lo largo de la pizza. Luego pagabas la pizza por su peso. Pedí una porción de «carbonara» y otra de salmón con mozzarella, además de focaccia y capuchino. ¡Me sentí casi italiana!



Después de reponer fuerzas, dimos un paseo rápido por las concurridas calles de Roma hasta las murallas de la Ciudad del Vaticano, donde hicimos cola para que nos pusieran los últimos sellos en nuestros pasaportes de peregrinos y recibir los certificados de finalización de la peregrinación. ¡Me sentí muy emocionado al recibir el mío!



Fue un momento maravilloso, y las hordas de turistas no me desanimaron. Nos hicimos fotos de recuerdo en la plaza de San Pedro y celebramos la finalización técnica de la peregrinación.

Digo «técnico» porque, efectivamente, aún quedaba mucho por caminar y reflexionar.



En Roma, nuestro alojamiento se dividió de nuevo: tuve la suerte de que me asignaran una casa de retiro jesuita a solo diez minutos a pie de las murallas del Vaticano, con una distribución similar a la de una habitación de hospital y un cuarto de baño con barras de apoyo claramente destinadas a personas mayores. Pero también tenía un escritorio y estanterías. Me pregunté si antes había sido un centro de cuidados paliativos o de larga estancia que se había convertido en casa de retiro. No importaba: estaba agradecido por poder alojarme allí durante las siguientes noches, sobre todo porque el otro grupo se alojaba en una casa a 45 minutos a pie y uno de los peregrinos, que tenía problemas de espalda, llegó llorando a su alojamiento.

El padre Josep nos dijo que después de deshacer las maletas y descansar, podíamos ir directamente a la basílica de San Pedro para asistir a la misa vespertina y saltarnos todas las colas simplemente vistiendo nuestra harapienta indumentaria de peregrinos, dirigiéndonos a una puerta lateral junto a la columnata de Bernini, mostrando nuestro pasaporte de peregrinos y diciendo «Peregrino». ¡Y así fue!

Además, tuvimos la suerte de conseguir asientos en primera fila para la misa. ¡Qué bendición, qué día tan maravilloso!



A solo dos minutos a pie de nuestra casa de retiro jesuita había una pequeña cafetería-restaurante, el Wine Bar de Penitenzieri (llamado así por la calle en la que se encontraba, no tanto por sus clientes), y los pocos peregrinos que nos alojábamos allí lo convertimos en nuestro lugar habitual para cenar y desayunar durante los días siguientes. Era frecuentado por muchos sacerdotes y se convirtió en un lugar donde mis compañeros peregrinos podían ver a sacerdotes y cardenales de renombre. Yo simplemente disfrutaba del café, los pasteles, la carbonara, la amatriciana y, en general, de la excelente comida.



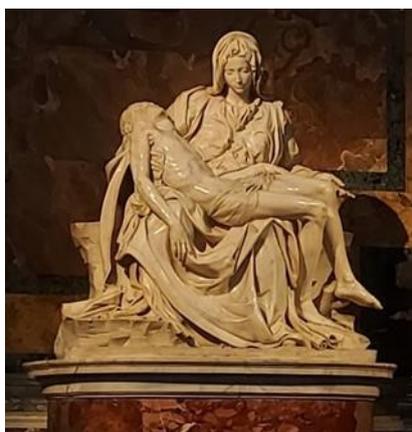
El día 16, nuestra reflexión llevaba el complejo título de «Contemplación para alcanzar el amor de Dios». Se trataba de contemplar el amor divino de Dios, ser conscientes de su amor misericordioso y abundante, y responder con amor, generosidad y libertad. Para empezar, debíamos tener presente que el amor se expresa más con acciones que con palabras, y que el amor es una comunicación entre dos personas. A continuación, debíamos rezar en cuatro pasos: primero, recordar las bendiciones de Dios y pensar qué podíamos ofrecer a cambio. Segundo, darnos cuenta de cómo Dios está presente y vivo en todas nuestras experiencias a nuestro alrededor. Tercero, pensar en cómo Dios ha trabajado por nosotros en todas las cosas creadas y en las personas que hemos conocido en esta peregrinación. Cuarto, darnos cuenta de que todo lo bueno viene de arriba y que nuestra fuerza proviene únicamente del poder de Dios. A continuación, debíamos contemplar qué devolveríamos a Dios por todos los dones recibidos en esta peregrinación. ¡Tantos pensamientos en la cabeza! Reconocí todos los dones que había recibido hasta entonces y no tenía ninguna duda de que tanto estos como la fuerza que me había dado para recorrer todo este camino procedían de lo alto. Pero aún no sabía qué devolvería.

Para añadir peso a nuestras aportaciones espirituales, hoy realizaremos una peregrinación dentro de otra peregrinación, la Peregrinación de las Siete Iglesias. Los orígenes de esta peregrinación no están claros, pero San Felipe Neri la hizo famosa en el siglo XVI, e Ignacio también la realizó. El siete es un número que aparece a menudo en la Biblia, y este día, en cada una de las siete iglesias, se nos pidió que contempláramos un don del Espíritu Santo y buscáramos la liberación de un pecado mortal.

Basilica de San Pedro

Comenzamos en la Basílica de San Pedro, donde se nos pidió que recordáramos que Pedro era un humilde pescador llamado por Jesús para servirle. ¿Podríamos nosotros, de manera similar, temer a Dios y responder a esa llamada al servicio?

Aquí, el vicio que contemplábamos era la gula, y la virtud, la templanza. La gula es exceso, por lo que me pareció irónico que aquí, en el esplendor revestido de mármol y bronce de San Pedro, se nos pidiera contemplar la templanza, pues ¿dónde estaba la moderación en la construcción de este monumento? ¿O podríamos excusarlo diciendo que, aunque un papa de antaño lo construyó como monumento para glorificarse a sí mismo, ha llegado a representar algo más grande: honrar a San Pedro y ser un lugar impresionante para el culto?



San Pablo Extramuros

A continuación, caminamos bastante para salir de las murallas de Roma y llegar a la Basílica de San Pablo Extramuros (que hay que distinguir de la Basílica de San Pablo Intramuros, que es una iglesia episcopal). Su austero exterior e interior contrastaban con San Pedro, y la estatua de San Pablo con su espada, de tamaño más que real, tenía un aspecto heroico e impresionante.



Aquí debíamos rezar por la gracia de vivir la fe con valentía, de ser guerreros de la fe como lo fue Pablo, y de llevar una vida piadosa. El vicio que contemplábamos era la ira (o la ira), y la virtud, la paciencia. Me pareció muy apropiado pensar en este pecado aquí, ya que se sabe que Pablo era un hombre colérico y hacía todo con pasión. Primero persiguió a los cristianos, pero después de su conversión se dedicó a difundir el cristianismo. Supongo que en él aprendemos que está bien ser fogoso, pero que debe ser por una buena causa.

San Sebastián en las catacumbas

Nuestra siguiente parada seguía siendo fuera de las murallas de Roma, cerca de las catacumbas de San Calixto, la iglesia de San Sebastián, que fue martirizado al ser atravesado por flechas. Nos recordó la falta de miedo a la muerte de los mártires: al renunciar a sus vidas por su fe en Jesús y su resurrección, se convirtieron en testigos de la vida. El vicio sobre el que se nos pidió que reflexionáramos aquí era la lujuria, y la virtud, la castidad, que nos libera para amar a todos sin objetivarlos.



A poca distancia de San Sebastián había una pequeña iglesia conocida como la iglesia «*Quo vadis*». Según cuenta la historia, Pedro huía de Roma para evitar la persecución, cuando Jesús se le apareció en el camino. Pedro le preguntó: «Domine, quo vadis?» («Señor, ¿adónde vas?»). Y Jesús le respondió que regresaba a Roma para ser crucificado por segunda vez. Fue entonces cuando Pedro comprendió que debía dar media vuelta y regresar a Roma. Allí fue martirizado. Así, en esta pequeña iglesia hay un par de huellas en piedra, que simbolizan los pies de Jesús, deteniéndose en el camino a Roma en el momento en que Pedro le hizo la pregunta.



Dadas las preguntas que rondaban mi mente al principio de la peregrinación sobre el propósito y la dirección de mi vida, esta historia me cautivó. Sin embargo, en mi mente, los papeles estaban invertidos. Me imaginaba a Jesús *preguntándome*: «¿*Quo vadis*?». Bueno, no estaba seguro de saber la respuesta.

¿Quizás, como Pedro, mis pies apuntaban en la dirección equivocada y necesitaba dar media vuelta?



En esta iglesia cuelga un tapiz poco habitual: una imagen de María con el niño Jesús en brazos. Pero, a diferencia de las representaciones habituales, en las que Jesús suele mirar al espectador, en esta se ve a una madre acunando a su bebé en brazos y mirándolo con amor. Solo se veía una parte del rostro del niño, por lo que, en lugar de intentar mostrar a Jesús como un rey niño, como solemos

, el objetivo del cuadro parecía ser representar el amor de una madre. ¿Por qué no hay más cuadros que muestren esto?

San Juan de Letrán

La cuarta de nuestras siete iglesias se encontraba de nuevo dentro de las murallas de Roma. La Basílica de San Juan de Letrán es la sede del obispo de Roma, que es, por supuesto, el Papa. Colosales estatuas de los doce apóstoles (con San Pablo sustituyendo a Judas) se alinean a ambos lados de la nave principal de esta iglesia.



Izquierda: San Mateo

Aunque estas esculturas de mármol eran impresionantes, parecían demasiado grandes para este espacio, lo que las hacía bastante abrumadoras y casi opresivas. El tamaño de las estatuas las hacía adecuadas para San Pedro, pero estaban encajadas en un espacio que tenía menos de la mitad de su tamaño. Aun así, dos estatuas en particular me llamaron la atención: San Mateo, con unos antebrazos extremadamente musculosos, y San Juan, que parecía extraordinariamente joven y refinado.

Al tratarse de la «catedral» de Roma, se nos pidió que pensáramos en aquellos que nos guían o aconsejan en nuestra fe. La virtud sobre la que reflexionar en esta iglesia era la gratitud, y el vicio, la codicia. La avaricia, especialmente en el deseo de obtener algo para uno mismo o en la negativa a renunciar a algo, es egoísmo. De este modo, se opone a la gratitud y a la disposición que nos permite ser generosos y dar sin esperar nada a cambio. Sentí gratitud hacia los apóstoles por continuar y difundir las enseñanzas de Jesús, en beneficio de todos nosotros hoy en día.

Santa Cruz en Jerusalén

Tras un breve descanso para comer algo rápido, retomamos nuestro camino hacia la Basílica de la Santa Cruz en Jerusalén. Recordé que durante mi primera visita a Roma, mi hermana y yo nos referíamos a ella como «la iglesia de las tres grandes piezas».

Esta iglesia es famosa por poseer los tres fragmentos más grandes que se conservan del crucifijo de Jesús, junto con un clavo y dos espinas de su corona de espinas. Se cree que fueron traídos aquí por la emperatriz Helena, madre del emperador Constantino.

No pude evitar pensar que, durante sus viajes en busca de reliquias de Jesús, la emperatriz debió de ser



estafada al menos una vez... ¿Quién sabe si estos objetos eran auténticos?

Pero supongo que eso no era lo importante.

Aquí se nos pidió que rezáramos por la gracia de comprender el alcance del amor que Jesús nos mostró al morir en la cruz, y por la fortaleza para seguirle. La virtud sobre la que se nos pidió que reflexionáramos era la diligencia y su vicio opuesto, la pereza.

Sin embargo, me encontré desconcertado por la idea de que Dios nos amara tanto que enviara a Su Hijo para salvarnos de nuestros pecados. Sin embargo, esta «salvación» implicaba morir de una muerte horrible.

¿Significaba esto que Dios nos amaba más que a su Hijo?



San Lorenzo extramuros

Bueno, la expresión «morir de una muerte horrible» era totalmente adecuada para la penúltima parada, la Basílica de San Lorenzo en Fuori le Mura. Lorenzo era diácono de una comunidad de pobres, y cuando los soldados del emperador Valeriano llegaron y exigieron que les entregaran los tesoros de la iglesia, Lorenzo señaló a los pobres, lisiados y ciegos que lo rodeaban y dijo: «Estos son los verdaderos tesoros de la Iglesia». Huelga decir que los soldados no se impresionaron y ordenaron que se condenara a Lorenzo a morir en una parrilla caliente. Cuenta la historia que, mientras lo asaban vivo, bromeó diciendo: «Ya estoy bien hecho. ¡Dadme la vuelta!». Hasta el día de hoy, la parrilla en la que supuestamente fue asado se sigue exhibiendo en esta iglesia. ¡Qué historia tan espeluznante!



La reflexión aquí era pedir la gracia de amar sinceramente a todos los que nos rodean, sean ricos o pobres. Necesitábamos comprender la dignidad de todos los que nos rodean. El vicio sobre el que se nos pidió que reflexionáramos era la envidia, y la virtud, la gratitud que nos permite ser caritativos con todos. Sobre esto, mi reflexión fue que debemos dejar de llevar la cuenta, para poder simplemente estar agradecidos por lo que nos llega y no envidiar a los demás. ¡La vida será mucho más sencilla y feliz así!

Santa María la Mayor

A última hora de la tarde llegamos a nuestra última parada, la basílica de Santa María la Mayor. El interior de esta gran iglesia era grandioso y estaba lleno de decoraciones de pan de oro, pero como habíamos caminado al menos 27 km ese día, me dolían tanto los tobillos que pasé gran parte del tiempo sentado y reflexionando.

En Roma, Ignacio y sus compañeros fueron inicialmente perseguidos por herejía. Decidido a luchar contra esta falsa acusación, convenció al Papa para que se creara un tribunal que determinara su culpabilidad. Tras examinar sus enseñanzas, doctrinas y forma de vida, el tribunal declaró inocentes a Ignacio y a sus compañeros.

Fue tras esta exoneración cuando Ignacio celebró su primera misa en la noche de Navidad de 1538 en esta iglesia. Ignacio había querido celebrar su primera misa en Tierra Santa, pero lo hizo aquí porque no pudo realizar el viaje.

Una estructura monstruosa se alza ahora sobre el pequeño altar donde celebró su primera misa, ocultándolo casi por completo. ¡Deberían haberlo dejado tal y como estaba, sin adornos! Sin embargo, lo que sí se conserva son las figuras principales de lo que solía ser el retablo con un belén, que se dice que es el primer belén conocido.



Es de suponer que Ignacio eligió este altar como el lugar más parecido al que podía celebrar su primera misa en Belén.



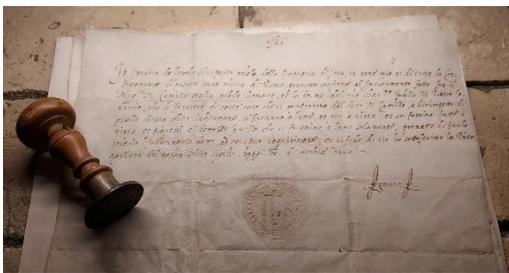
¿Ve el altar original en ese pequeño espacio oscuro?

María guardó en su corazón los muchos misterios de su vida con Jesús, y aquí debíamos rezar para que, al igual que María, tuviéramos la sabiduría de guardar en nuestro corazón todo lo que llegáramos a comprender durante esta peregrinación. La virtud sobre la que se nos pedía reflexionar aquí era la humildad, que nos dispone a seguir el camino humilde de Cristo. El vicio opuesto era el orgullo. Había sido un día largo y no estaba en el estado mental ni espiritual adecuado para completar adecuadamente esta reflexión. En su lugar, pensé en la capacidad de Ignacio para improvisar y aceptar cambios en sus planes. María también tuvo que sufrir grandes conmociones en su vida y cambios de planes. El mensaje para nosotros debe ser que debemos aceptar con apertura todo lo que la vida nos depare y hacer lo mejor posible en cada circunstancia.

Al final del día estaba agotado por la basilica, el cansancio de caminar, las reflexiones espirituales y la sobrecarga visual. Sin embargo, después de cenar, me escabullí a la azotea de nuestra casa de retiro para contemplar la hermosa vista del Castillo Sant'Angelo. ¡Impresionante!



Así llegamos al día 17, el último día de nuestra peregrinación. Visitamos el Gesù, una acogedora iglesia jesuita con unas dependencias contiguas que mostraban la vida de Ignacio en imágenes y que también contenían algunos de sus documentos, sus zapatillas y un molde de bronce de su cabeza. Aquí también se encontraba la habitación donde Ignacio pasó sus últimos días, mirando las estrellas por la pequeña ventana y reflexionando sobre su vida.



El padre Josep celebró nuestra última misa en esta sala, y me emocionó mucho estar en el mismo lugar donde Ignacio exhaló su último aliento. Recordando la casa de Loyola donde había nacido y experimentado su conversión, siguiendo sus pasos por Arantzazu, Igualada, Montserrat, Manresa, Barcelona, La Storta y Roma, pensé: «¡Qué viaje tan impresionante!».

La reflexión de hoy era: «¡Volved a Galilea!». Como Jesús era de Galilea, interpreté esto como una instrucción para que volviéramos a casa, pero llevando con nosotros nuestro yo transformado y un espíritu positivo. Quizás esta era la respuesta a la pregunta «¿*Quo vadis?*?».

Como dijo Jesús: «Estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Esto es así aunque aún no nos sintamos dignos: nos hemos acostumbrado a caminar con Jesús, y Él permanecerá con nosotros.

Al final de esta peregrinación, estaba lleno de pensamientos que me llevaría meses procesar. Al regresar a casa, me vi envuelto en el trabajo y no terminé estos escritos hasta un año después. Volver a leer estas reflexiones y revivir la peregrinación me permitió caminar de nuevo con Jesús, lo que, en palabras del Salmo 23, reavivó mi espíritu abatido.

Mirando atrás, me di cuenta de que nunca hay que subestimar un «viaje repetido», ya que nunca es igual. Es en un momento diferente, los compañeros de viaje son diferentes e incluso nosotros somos personas diferentes. Tenemos la experiencia y los conocimientos del pasado a los que recurrir, pero nos encontraremos con nuevos retos y, por lo tanto, tendremos que aprender de nuevo. Tenemos que adoptar una mentalidad nueva cada vez.

Afortunadamente, siempre tendremos nuestra constante: Jesús.



Toma, Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo lo que tengo y llamo mío.

Me lo has dado todo.

A ti, Señor, te lo devuelvo para que hagas con él lo que quieras.

Dame solo tu amor y tu gracia.

Esto me basta.

~ Suscipe, de San Ignacio de Loyola ~

*Peregrino
J, julio de
2024*